

ra los casos graves, y lo primero que se le ocurrió fué lo siguiente:

“Amé como ninguno,  
Con la fe y el ardor de *tiernos años*;  
Mi premio *ha sido uno*;  
Saber que hay *desengaños*,  
*Perfidia disfrazada con engaños. . . . .*”

Perdone el marqués, pero esos son lo menos dos ó tres premios.

Aunque todavía no son tantos como merece.

## XIV

Poco ancho que se va á poner D. Ignacio Escobar al verse contado entre los aristócratas!

Aunque el contarle no sea más que para que se ría la gente de sus tentativas poéticas. . . .

No más afortunadas que sus tentativas oratorias, por cierto.

¡Y cuidado que las tentativas oratorias del señor Escobar fueron desgraciadas de veras!

¿Se acuerdan ustedes? . . .

Creía todo el mundo que D. Ignacio José Escobar, el de *La Epoca*, había tocado ya la meta de sus afanes con haber alcanzado un título de marqués, barato, casi de balde, porque es de Valde. . . . Iglesias. Y aunque estos títulos de poco precio, no son de pergamino como los antiguos, sino de papel, que puede ser mojado, continuo ó de estraza, siempre sirven á lo menos para poner la cifra y la corona á dos tintas en ambas portezuelas del coche.

Creía todo el mundo, al ver al Sr. Escobar ejercer de marqués, por lo menos entre su familia, que con tan estrepitosa felicidad estarían ya sus ambiciones satisfechas.

Pero todo el mundo se equivocaba. Las ambiciones de los hombres así, cortitos de estatura, jamás se satisfacen.

El nuevo marqués de Valde-Iglesias tuvo deseos de ser siquiera ministro y . . . lo puso en conocimiento de Cánovas.

Que precisamente andaba aquellos días preocupado con la contingencia de necesitar pronto un ministro de Hacienda, y no tener madera de donde hacerle. Porque los ministros de Hacienda, ya se sabe que son de los que más se gastan, y el pobre Orrovió estaba ya por entonces á más de media usa.

—¡Calla!—se debió decir D. Antonio,—*¿zi me zervirá ezte . . . tipo? . . . ¡Puez voy á ver!*

Y fué y le llevó á la antesala del ministerio de Hacienda, es decir, á la presidencia de la Comisión de presupuestos, con lo cual estaba como quien dice entrando.

Mas ¡ay! que en el primer discurso que como tal presidente quiso echar, se perdió, y de tal manera se le fué la especie, que no dió pie con bola; siéndole menester marcharse á Andalucía á esparcir el ánimo.

Y ¡adiós ministerio!

Porque desde entonces creo que no se habrá vuelto á acordar D. Ignacio de ser ministro. Y de ser orador mucho menos.

Como no me acordaría yo tampoco de traerle á

colación las calaveradas poéticas de su mejor edad, si él no hubiera hecho la mayor de todas, la de haber sentado plaza . . . de marqués hace cinco inviernos.

¡Ay! Sr. Escobar, ¡más le valiera á usted no haber nacido! . . .

Al marquesado.

Y eso que como todo tiene sus compensaciones y cada uno tiene sus gustos, habiéndolos de entre éstos que requieren palos literarios, bien puede ser que mientras el amigo Sancho exclamaba dolorido: "Si buena ínsula me dan, buenos azotes me cuesta," usted vuelva al revés la exclamación y se alegre del vapuleo por la ínsula de figurar aquí entre los marqueses de veras. Que también son de veras malos poetas, tan de veras como el de Molíns, y el de Monesterio, y el de Dos Hermanas, y el de Heredia.

En fin, que conste, Sr. Escobar, que sólo por darle á usted un buen rato voy á decir al público que usted hizo versos.

Políticos, eso sí, pero malos.

Malos política y literariamente.

¿Por dónde dirá usted que lo sé yo?

¿Se acuerda usted de aquellas décimas y aquellos sonetos que escribía usted el año de 1845 para publicar en un número de *El Español* muy historiado, que salió el día 19 de Noviembre á festejar el cumpleaños de Doña Isabel?

Pues ¡por cuánto un ejemplar de aquel número de *El Español* no había de venir á parar á mis manos!

Por cierto que es un número bastante ridículo,

no sólo por el lado de los versos de usted, sino por todos los lados.

Y por cierto, que entre mil soserías moderadas, tiene hasta unos versos de D. Ramón de Campoamor, impresos en círculo á manera de rosa náutica, los cuales, ya sea por aquello de que *quandoque bonus dormitat Homerus* (que así dice el texto, y no *alicuando*, como suelen escribir muchos eruditos á la violeta), ya porque hay asuntos que no se prestan á otra cosa que á malos versos, también son malos.

Pero no los quiero poner en solfa. Porque D. Ramón, aunque tuviera entonces el mal gusto de hacer versos isabelinos, es decir, malos versos, no ha tenido después el mal gusto ni ha caído en la vulgaridad de hacerse marqués haitiano.

Y vamos á los versos del Sr. Escobar:

“DESEOS.

La décima se llama *deseos*, y dice:

“¡Oh! . . .”

El principio no puede ser más admirable. “¡Oh! . . .” Pero no paremos tan pronto.

“¡Oh que ahogada en *este día*  
De los partidos la saña,  
Luzca otra vez para España  
El sol de Otumba y Pavía . . .”

¡El sol de Otumba! . . . precisamente cuando se ganó la batalla de Otumba, ya no había sol. Y si no, pregúntesele usted á Romero Robledo, que debe

saber mucho de esas cosas. Por lo que hace á Pavía, supongo que no se referirá usted al del 3 de Enero, porque también hizo su hombrada de noche; y luego que cuando usted escribía eso, era él enteramente una criatura.

Y además no luce.

Pero por otro lado ¡qué picarillo era usted ya entonces, Sr. Escobar! Pedía usted para España el sol de Otumba, y el sol que usted quería para sí era el que más calienta.

Que es al que ha procurado usted arrimarse siempre.

Conque quedábamos en el sol de Otumba y Pavía y Rodríguez de Albur. . . . querque; digo, no; y Pavía solo. Y vamos andando:

“Sí, redúzcanse á *porfia*

Los rencores á *pavesas*. . . .”

¿En qué quedamos? ¿Han de reducirse á *porfia*, ó á *pavesas*? Decídase usted, señor neo-marqués, por una de las dos cosas, y no nos deje usted en semejantes perplejidades. Al fin y al cabo tan mal pega una cosa como otra; es decir, tan ripio son las *pavesas* como la *porfia*, porque si ésta viene traída por el ronzal del consonante de *este día* y de *Pavía*, las otras, las *pavesas*, vienen también por obligación á preparar el terreno para unas *empresas* y unas *promesas* que irán saliendo más adelante. . . . y pata.

Y ripio, quería decir.

Sí, redúzcanse á *porfia*

Los rencores á *pavesas*,  
Truéquense en nobles empresas  
Nuestras rencillas *villanas*. . . .”

Lo que trueca usted son los frenos á cada paso, señor marqués. . . .

¡Mire usted que ese *villanas*. . . es una villanía literaria en toda regla!

¿Por fuerza han de ser villanas las diferencias políticas? Pues no, señor. Lo serán por parte de ustedes los que no tienen otra aspiración que el encumbramiento personal, ni otro móvil de sus actos políticos que el afán de gozar del presupuesto; pero por parte de los demás pueden ser muy nobles. Y no vale confundir.

Que es lo que decía una pobre mujer allá en la montaña de León á un escribano que era además fiel de fechos del pueblo, y á quien había ido á pedir una papeleta de citación para llevar ante el alcalde á una convecina que la había llamado ladrona.

Era el escribano, contra la fama universal de la clase, poco amigo de enredar á la gente en pleitos; y después de mucho aconsejar á la agraviada que desistiera de su querella y no diera importancia al asunto, añadía para convencerla del todo:

—No hagas caso, mujer, no hagas caso. ¡Bah! Si á todos los que me han llamado á mí ladrón los hubiera llevado á juicio. . . .

—¡Ah! es que usted lo será; ¡pero yo!. . . —Contestó la pobre aldeana con toda la sencillez del mundo.

Conque no vuelva usted, señor marqués de Valde, á llamar *villanas* á las diferencias políticas de los otros.

Ahora, si se refiere usted á las que por entonces tenían ustedes los moderados entre sí, que pase.

No será poesía, pero será verdad.

“Truéquense en nobles empresas  
Nuestras rencillas *villanas*,  
En fe de que no eran vanas  
De Vergara las promesas. . . .”

¡Vaya si eran vanas! Tan vanas por lo menos como la que hizo usted al marqués de Valdespina allá en el Baztán, de hacerse usted carlista, con *La Epoca*, en cuanto llegara usted á Madrid.

Lo cual no estuvo bien.

Aunque yo desde luego me alegro de que usted no se hiciera carlista, porque para muestra basta un Nocedal; pero esas cosas, si no se han de hacer, no se prometen, D. Ignacio.

Y vamos á hacer su apellido, es decir, vamos á escobar los ripios del soneto.

Que empieza:

“¡Más pesares aún! Año tras año,  
Siete de horrenda fraticida guerra,  
Talandó fueron mi diezmada tierra,  
Como lobo cruel manso rebaño. . . .”

¡Ay, ay, ay, Don José,  
Qué versos hace usted!

Pero vamos á cuentas: ¿Para qué ha puesto usted ahí tantos epítetos? ¡Horrenda! ¡fratricida! ¡diezmada! ¡manso! ¡cruel! etcétera. . . . Y luego, para talar la tierra, ¿qué falta hacía que estuviera diezmada? Y después ¿quien le ha dicho á usted que el lobo, por más cruel que sea, *tala* el rebaño? *Le diezmara* (ahí venía bien lo de diezmar), ó le demedia-

rá'ó le destrozará por entero, si no se contenta con la mitad, ni menos con el diezmo. ¿Pero *tararle?* ¿Usted sabe lo que es talar?... Pues hay que aprenderlo antes de escribir, porque después ya no hace al caso.

Siga usted; quedábamos en el rebaño:

“Brotó mi sangre en *encendido caño*,  
Yermas dejando la llanura y sierra....”

¡Ah! Es que usted cree que la sangre deja yermas la sierra y la llanura? ¡Pues lo entiende usted! Al contrario, hombre, al contrario: lo que hace la sangre es fertilizar mucho la tierra. Como que es un abono excelente. . . Pregúnteselo usted al más simple vecino de *Valde-Iglesias*, del pueblo de donde le han hecho á usted marqués, lo mismo que podían haberle hecho á usted de *Valde-Teatros*.

Digo, ese es el efecto de la sangre ordinariamente. Ahora, esa sangre de usted que brota en *encendido caño* (¡vaya un *caño* y vaya una poesía!), puede ser que tenga la virtud de yermar la tierra. Pero, hombre, ¡aunque fuera lava! . . . ¡Cuidado con la sangre que gasta el Sr. Escobar!

“Brotó mi sangre en *encendido caño*  
Yermas dejando la llanura y sierra;  
Y euanto mal la humanidad encierra  
VÍ conjurarse de mi pueblo en daño....  
Así España exclamó....”

¡Ah! ¿Pero todo eso del *caño* y de la *horrenda*, etc., y del lobo con traje talar, lo decía España?

¡Pues hombre, podía usted haber esperado todavía otro poco antes de advertirlo! Es verdad que lo mis-

mo da; porque aparte de eso de *mi pueblo*, que á España la sienta peor que á usted todavía, las demás cosas, el *caño* de la sangre, por ejemplo, tan disparate y tan ripio es siendo de España como siendo de usted, y un poco mas si cabe.

Así España exclamó:

“Así España exclamó.... más *de repente* ...  
(*Vamos á ver qué fué lo que pasó.*)  
Del Luso y del Ibero los pendones  
Juntos en porvenir miró esplendente....”

¡Hombre! ¡D. Ignacio José! ¿Profetizaba usted ya la unión Ibérica? . . .

¡Lo que tiene el escribir *de repente* y á bulto! Que á veces no se sabe lo que se escribe ni para quién se escribe. Porque ese *esplendente*, verbigracia, ni usted mismo sabe si le escribió para España ó para Portugal; digo, para *España* ó para el *porvenir*. . . . Aunque, bien considerado, lo más probable es que no le escribiera usted ni para el porvenir ni para España, sino simplemente para el consonante.

“Juntos en porvenir miro esplendente,  
Lanzarse en pos de incógnitas regiones;  
Y así añadió con entusiasmo *ardiente*:  
¡Aún reina puedo ser de las naciones!....”

¡Bien dice el refrán, que el que no se consuela es porque no quiere!

Y si no, aquí tienen ustedes á España, es decir, al Sr. Escobar disfrazado de España, que empieza un soneto llorando, y de repente le concluye diciendo (*con entusiasmo ardiente*:) ¡Viva la Pepa!

(PARÉNTESIS.)

CUENTAN de una señora de bastante edad, que cuando salía de casa en tiempo de lluvia, se iba metiendo adrede por los charcos.

—Señora—hubo de preguntarla una vez desde la puerta de una tienda un hortera caritativo,—pero ¿por qué se mete usted en los charcos?

—Por meterme en todo, hijo mío—le contestó ingenuamente la anciana.

Por el tiempo que hace que oí yo contar la primera vez esta anécdota, presumo que la señora protagonista ya se habrá muerto. Pero debe de haber dejado mucha familia.

*La Epoca* debe ser sobrina lo menos de aquella señora, y D. Manuel Cañete.... tío.

Lo digo porque *La Epoca* y D. Manuel Cañete,

uno después de otro, y sin duda por la misma razón que tenía su ilustre consanguínea para andar sacando los charcos de madre, han arremetido furiosos contra esta colección de RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.

Dejando á *La Epoca* para más tarde, por lo mismo que fué la primera en arremeter, voy, con perdón de los marqueses que esperan turno, á decir dos palabras ó cuatro á D. Manuel Cañete, autor de la segunda y más ciega y más irracional arremetida.

Pues D. Manuel Cañete ó *Cucañete*, que de ambas maneras le llamo yo, es un académico, por decirlo así, de la lengua....

El caballero cajista se servirá tener cuidado de no equivocarse suprimiendo una *n*, y llamando á Don Manuel *académico de la legua*, porque sería injusticia notoria. D. Manuel no puede ser académico de tanta distancia. Lo más lejos que puede ser D. Manuel es de la media legua.

Sin que por eso pueda ser D. Manuel un académico distinguido. Debiera serlo por lo malo, es verdad; pero tiene la desgracia de que casi todos son así, de modo que no puede distinguirse.

Decía que D. Manuel Cañete es un académico de la lengua, que escribe á *El Diario de la Marina*, periódico de la Habana, una carta i-literaria en cada correo; y en una de las últimas ha puesto un párrafo que dice así:

“Mientras los hombres de fundamento se consagran en nuestros Liceos y Academias á graves estudios, *ansiosos* de propagar el verdadero saber, ó dedican sus ocios á producir obras de ingenio, no engendradas en lo *erial de lo pedestre*....”

¡Ah! ¿Conque hay obras de ingenio, ó sin ingenio, pero, en fin, obras engendradas en el *erial de lo pedestre*?... Pues entonces ya sabemos dónde han sido engendradas las obras de usted.

Porque... verá usted, Sr. D. Manuel: lloraba un niño y su madre trataba de acallantarle. Y estaba allí presente un tal López, amigo de la casa, y amigo, como usted, de meterse en todo, el cual quiso también meter su cucharada en el lloro de la pobre criatura, diciendo:

—No llores, Juanito, no llores; que los niños que lloran se ponen muy feos.

Con lo cual el niño calló inmediatamente, para hacerse sin duda sus reflexiones, y al poco rato dijo á su madre:

—Mamá, pero ¡cuánto habrá llorado el señor de López cuando era niño!...

Siga usted, D. Manuel:

“... no engendradas en el *erial de lo pedestre*, ni crecidas en el *lodazal de lo chavacano y de lo inmundo*....”

¿Repito el cuento del niño?...

Porque han de saber ustedes que D. Manuel, cuando ha querido escribir para el teatro, ha escrito alguna zarzuela de ese género chavacano que él dice, y algún drama del género inmundo, que fué puesto en el *Índice*; no en el *Índice Romano*, porque eso hubiera sido dar demasiada importancia á D. Manuel; pero sí en un índice de obras que no se pueden leer ni presenciar, formado por un señor obispo, y publicado hace muchos años en *La Cruz*, de Sevilla.

Mas el caso es que "mientras los hombres de fundamento. . . ." etc. . . ., dice D. Manuel, "que algunos individuos pertenecientes á la tropa ligera del periodismo (á la cual no ha pertenecido nunca el Sr. Cañete, que no ha pasado de ser *impedimenta* en todas partes) *en parte*, de la cual suele competir la *ignorancia* con la *insolencia*. . . ."

¡Eche usted, hombre, eche usted. . . *en parte*, y después llámese usted á la *parte*.

"... se divierten en maltratarlos y denigrarlos en escritos *groseros é insulsos*. . . ."

Es verdad; sobre todo insulsos. . . . Le aseguro á usted, Sr. D. Manuel, que aunque los escritos que usted llama insulsos y groseros han sido leídos con avidez y elogiados por todas las personas de buen gusto, no había sufrido la más ligera tentación de vanidad hasta ahora. Ahora sí, al ver que á usted, que en literatura no es más que un mentecato, le parecen tan mal esos escritos y los califica con tan ridícula destemplanza, casi estoy tentado á creer que tienen razón los que dicen que son de primer orden.

Siga usted:

"Esta falta de respeto á lo que es respetable (?) de suyo, sería digna de amarga censura, aunque tuviera algún viso de fundamento. Pero cuando no *lo* tiene, difícilmente se hallarían *voces* bastante duras para condenarla."

¡Ah! ¿Conque no *lo* tiene? ¿Y eso de donde lo saca usted? ¿O se figura usted que hay obligación de creerle á usted bajo su palabra, no más que porque es académico?

Para afirmar que la crítica benévola, relativamente, que he tenido el gusto de aplicar á los versos aristocráticos que van siendo materia de estos artículos, no tiene fundamento, era menester que usted reprodujera los versos que yo he copiado y demostrara usted que son excelentes.

Vamos, atrévase usted á tanto. . . .

Lo demás, con decir así *a priori* que la crítica no tiene fundamento, no adelanta usted nada. . . . más que hacer el oso.

El que más y el que menos se ríe de usted y . . . adelante:

"Sugiérenme estas reflexiones, continúa usted, ciertos artículos publicados en *El Progreso*, diario democrático de esta corte, firmados con el seudónimo de *Venancio González*, y destinados á fustigar *impiamente* (?) los que el autor ó autores de esos engendros califican de Ripios aristocráticos."

¿Y por qué *impiamente*, Sr. D. Manuel? No, señor; yo fustigo piadosamente, como está á la vista. Pero sigamos.

"Las sandeces (*sic*) en que abundan dichos artículos. . . ."

Las *sandeces*. . . . Sr. D. Manuel. . . . Estaba por llamarle á usted mamarracho.

Pero no; no se lo llamo á usted por dos razones: la primera, por no echar á perder el mote; y la segunda, porque no quiero imitarle á usted en lo descompuesto del lenguaje.

A más de que parecería que me incomodaba el que usted se hubiera enfadado, cuando es al revés precisamente. Me gusta que usted se descomponga



de esa manera tan lamentable, porque es la mejor prueba de que no tiene usted razón y de que yo la tengo.

Nada; chille usted lo que quiera y rabie y escriba palabrotas, que yo le aseguro á usted que, oyéndole como quien oye llover, que es como merece usted ser oído, he de acabar aquí con la tontolatría literaria ó he de poder muy poco. ¡A tierra los ídolos de carne de tonto! ¡A juicio las reputaciones escamoteadas! El que quiera nombre literario que le gane en buena lid, y no escribiendo, para que le aplaudan cuatro zánganos, majaderías y simplezas.

Como verbigracia:

(Este verbigracia no quiere decir sólo Manuel Cañete. Quiere decir: cualquier académico.)

“Las sandeces, decía usted, en que abundan dichos artículos, cuyos padres (suprima usted el plural. ¡Valiente literato está usted, que no conoce que los artículos son de una misma pluma!) y por lo visto están tan ayunos de ingenio como de ciencia...”

Usted sí que está ayuno de ingenio y de ciencia y de gracia y de todo, menos de sueldos, que disfruta usted cuatro ó cinco.

Porque, eso sí, usted será mal escritor. . . ¿qué digo, será? lo es usted positivamente, muy mal escritor, en verso y en prosa, pues ni en prosa ni en verso tiene usted inspiración, ni estilo, ni nada más que un poco de baja erudición, como se lo probaré á usted. . . porque yo digo las cosas y las pruebo. . . como se lo probaré á usted cuando empiece á recoger los *ripios académicos*; pero como no hay nadie

en el mundo que no sirva para alguna cosa y que no tenga su especialidad, usted, que no sirve para escritor, es usted un excelente acumulador de salarios. Y uno por la Academia, otro por Fomento ó por Gracia y Justicia, otro por una empresa particular de beneficencia, otro por el periódico de Cuba, en fin, que reúne usted lo necesario para comer en *Los Cisnes* todos los días que no está usted convidado en casa de alguno de esos marqueses productores de ripios. Mi amigo *Clarín* dice que le ha visto á usted muchas veces.

Pero bueno; con su pan se lo coma usted, y que le aproveche. Por mí, puede usted comer donde quiera. Decía usted que

“Las sandeces (¡!) en que abundan dichos artículos. . . se dirigen *con saña implacable á babosear. . .*”

¡Hombre! me gusta el verbo. Y me alegro de que sea usted el que le ha inventado. Es decir, inventado ya estaba, pero el que por primera vez le ha aplicado á la literatura. ¡Usted, que es una verdadera babosa. . . literaria. . . y política. . .

Otra vez:

“Las sandeces (¡¡¡!!!) en que abundan dichos artículos. . . se dirigen *con saña implacable á babosear* las poesías ó las obras en prosa de personas tan beneméritas como los marqueses de Molíns y Valmar, á quienes tanto debe la literatura patria desde hace más de cuarenta años. . .”

Sí, les debe, como á usted, muchos ripios. Mas lo que me hace gracia es lo de la *saña implacable. . .*

¡Qué tonto es usted, Sr. D. Manuel, y perdone usted la franqueza! ¡Pero qué infeliz es usted! ¡Saña implacable! . . . Cuando le aseguro á usted, á fe de no académico (que es tanto como decir á fe de cristiano ó á fe de persona), que desde que cojo la pluma para escribir uno de estos artículos hasta que la dejo después de terminado, me está retozando la risa en el cuerpo, y á veces no la puedo contener y me río yo solo á carcajadas.

¡Y á eso lo llama usted saña implacable!

Bien es verdad, que si no llamara usted á las cosas al revés no sería académico de la Española.

Pero concluya usted, que ya es demasiado (verán ustedes cómo concluye):

“Por dicha, esos *repugnantes* (*¡uf!*) desahogos de malevolencia, llevan el castigo en sí mismos. . . .”

Así es. Llevan en sí mismos el castigo de ser muy leídos, cosa que no acontece con los desahogos de usted, que nadie los lee.

“ . . . llevan el castigo en sí mismos; pero son de malísimo ejemplo.”

También es verdad. Para usted, malísimo.

Porque con pocos ejemplos así, no va á quedar un alma que no se convenza de que usted y los demás *cultivadores* como usted de la literatura académico-fútil, es decir, académico-académica, no son más que unos fantoches ridículos, que sólo pueden pasar por literatos ó por personajes á favor de la oscuridad y del misterio.

¡Vaya con el Sr. Ca. . . ca. . . ñete ó Cuañete, y qué vocabulario ha sacado á última hora! “*Erial de lo pedestre. . .*” “*lodazal de lo chavacano y de*

*lo inmundo. . .*” “*tropa ligera del periodismo. . .*” “*ignorancia. . .*” “*insolencia. . .*” “*escritos groseros é insulsos. . .*” “*engendros. . .*” “*sandeces. . .*” “*tan ayunos de ingenio como de ciencia. . .*” “*baboscar. . .*” “*repugnante. . .*” etc., etc.

Le refriego á usted así sus productos por los hocicos, como se les hace á los gatos, para que no lo vuelva usted á hacer, para que se arrepienta usted de su respingo, conociendo que ha dado con la horma de su zapato, y para que nadie se compadezca de usted ni tenga por injusta la somanta.

Y vuelva usted por otra.

Aunque sin necesidad de volver por ella la tendrá usted el día que le llegue el turno en lo de los *Ripios académicos*.

Aquel día le acabaré á usted de reventar del todo. Literariamente. . . .

POSTDATA.—Acabo de ver, Sr. D. Manuel, un número de *El Español*, periódico que se publica en esta corte, y que habla de usted, como usted verá. Mal, por supuesto.

El caso fué que un periódico antonomista de la Habana, dijo:

*Milanés*.—El Sr. Bonafoux, director de un periódico conservador, que se publica en Madrid, pregunta quién es Milanés.

Va á contestarle por nosotros el ilustre crítico Sr. Cañete, miembro de la Academia Española.

Y replica *El Español*, que es el periódico aludido: “El Sr. Cañete no es crítico.

El Sr. Cañete es un académico al uso. . . . que se

pasa la vida dando los grandes *bombos* á los poetas americanos. Todo, según se dice por ahí, porque ellos le mandan tabacos de la Habana.

El Sr. Cañete no es, pues, autoridad.

¡Es un *crítico* subvencionado con nicotina.

Milanés fué poeta, no porque lo diga Cañete; todo lo contrario, á pesar de decirlo el crítico de los cigarros puros."

¿Conque esas tenemos, D. Manuel? . . . ¿Cigarros puros?

## XVI

Don Plácido. . . . (¡Cuidado, que no es Jove!)

D. Plácido María de Montoliu, Eril, de Sierra, de Dusay y de Pinós, marqués de Montoliu. . . . (Copiado de la *Guía*.)

Primer marqués, por supuesto, nuevecito, del año 1876 á lo más largo.

Y sírvales á ustedes de gobierno. . . . ya que en España no le suele haber; sírvales á ustedes de gobierno. En cuanto vean ustedes en la *Guía* un marqués ó un conde con una letanía de apellidos interminable, no se entretengan ustedes en mirar la fecha; es nuevo, de seguro.

Precisamente los condes y marqueses de abolen-go, por lo mismo que tienen muchos apellidos de notoria nobleza, no se suelen poner en la *Guía* más que los dos primeros, el de su padre y el de su madre.

Pero los ilustres desconocidos que en un cambio